



SALVADOR TIERRA Y EL CUENCO DE ORO

PATRICIA GEIS

COMBEL

**Salvador Tierra
y el cuenco de oro**

© 2016, Patricia Geis, por el texto
y por todas las ilustraciones
© 2016, Combel Editorial, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
combeleditorial.com

Idea original del personaje de Tatiana Arelle

Primera edición: febrero de 2016
ISBN: 978-84-9101-054-8
Depósito legal: B-3901-2016
Printed in Spain
Impreso en Índice, SL
Fluvià, 81-87 – 08019 Barcelona



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



SALVADOR TIERRA Y EL CUENCO DE ORO

PATRICIA GEIS

Idea original del personaje
de Tatiana drelle

COMBEL

1. Clic

Hay momentos en que tu cerebro hace clic y ya nada vuelve a ser como era. Méritus Moodle tuvo uno de estos momentos al contemplar unas pinturas rupestres en una cueva en el norte de España. Entre todas las figuras de bisontes, ciervos, mamuts, renos y caballos, una le llamó poderosamente la atención. Parecía un niño con una especie de corona en la cabeza y un delantal a rayas. Lo realmente sorprendente es que, meses antes, durante una visita a Egipto con la universidad, se había encontrado con un personaje muy similar en un mural de la tumba de Najt, un astrónomo que vivió alrededor del 1400 a. C.

La misma figura la había visto también en sus libros de la universidad, representada en una escultura totonaca del siglo x y en pinturas de los maoríes en Nueva Zelanda. No podía ser casualidad. En ese mismo momento tomó la decisión de descubrir quién era el niño con la corona en la cabeza y el delantal a rayas.

Se pasaba las tardes en la biblioteca de la Facultad de Ciencias Sociales, en teoría preparando la tesis para doctorarse en antropología, pero, en la práctica, buscando en todo tipo de libros, enciclopedias, microfilmes, antiguas revistas especializadas, legajos y polvorientos archivos llenos de polillas, intentando encontrar más referencias sobre este desconcertante personaje.

Y las encontró.

En 1817, el gobierno británico ofreció una recompensa para quien encontrara el paso del noroeste que conectara el océano Pacífico con el Atlántico atravesando el Ártico. En los siguientes años partieron numerosas expediciones, una de ellas el 24 de mayo de 1823, con Sir John Talbotter al frente. Al poco tiempo se perdió completamente su rastro. Cuando reaparecieron, once meses más tarde, explicaron que se habían quedado varados en el hielo, perdidos y desorientados. Aseguraron que, cuando ya se estaban empezando a agotar los ánimos y las latas de conserva, un extraño muchacho apareció de la nada, en medio de un iceberg, con la cabeza cubier-

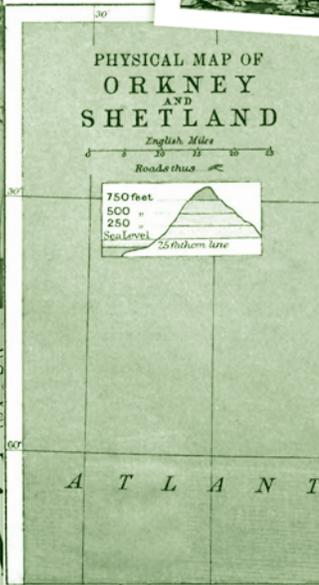
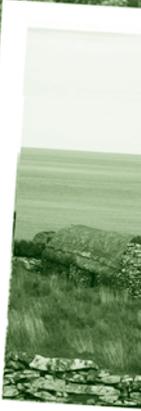
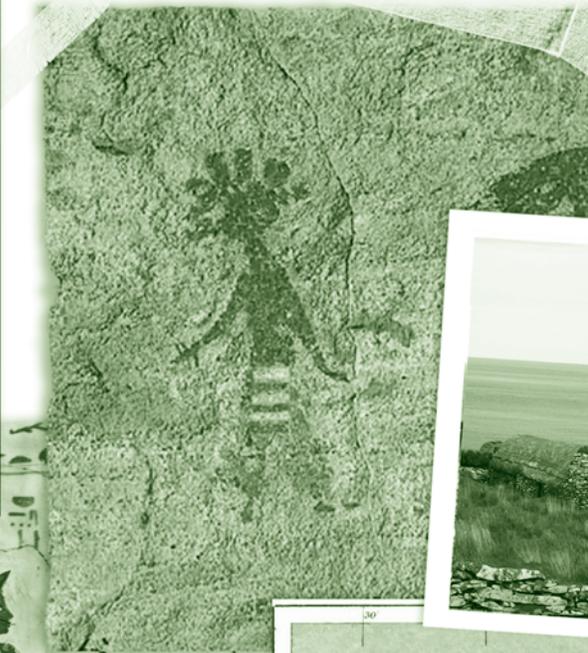
ta por una insólita hojarasca y vestido únicamente con unos pantalones de tela de saco, una cobija de lana y un fardo a rayas rojas y blancas. Les enseñó las técnicas de pesca de los inuit y les ayudó a encontrar el camino de vuelta a casa. Nadie les creyó.

Allá por los años treinta del siglo xx, un alpinista francés intentó alcanzar la cima del Everest, la cumbre más alta de la Tierra. Al regresar, sin éxito, después de estar desaparecido más de una semana, contó que, cuando estaba a punto de tirar la toalla, casi muerto por el frío, se le acercó un niño con la cabeza como una col (palabras textuales: «*la tête comme un chou*») que le salvó la vida. Nadie le hizo caso. Todo el mundo pensó que lo más probable era que la falta de oxígeno le hubiera hecho desvariar. Hasta él mismo admitió que quizás algo de razón tenían.

También afirmó haberlo visto, en medio del océano Índico, el capitán de un ballenero japonés en los años cuarenta, y un surfista hawaiano, en los sesenta.

En todas las partes del mundo, en diferentes momentos de la historia. ¿Cómo era posible que nadie se hubiese dado cuenta? ¿Cómo nadie hablaba de él?

Se quedó más asombrado todavía al descubrir que varios biólogos y geógrafos, con una mente racional y científica, y poco dados a fantasear, aseguraban haberlo visto en los lugares más recónditos del planeta.



VOLUME LXXVI NUMBER

THE NATIONAL GEOGRAPHIC MAGAZINE

JULY, 1939

Map Supplement of the Atlantic Ocean

F. BARROWS COLTON

News of the Universe
With 23 Illustrations

Solar System's Eternal Show
10 Paintings

CHARLES BITTINGER, N.A.

At Home on the Oceans
54 Illustrations and Map

EDITH BAUER STROUT

WENDELL and LUCIE CHAPMAN

Mysterious disappearance of top british scientist

Archaeologists excited by mysterious stone find



The stone which has been mentioned in the text.



SHETLANI
Islands
Iona, Ness
Eshan, Ness



Salvador Tierra

El último que parecía haberlo visto era un destacado científico inglés, el doctor Pattel-Stuartson, quien, tras declarar haberlo conocido en 1974, durante una expedición por América del Sur, abandonó su cargo en un importante laboratorio de investigación, desapareció y nunca más se supo de él. Lo tomaron por loco. Pero era su única esperanza para descubrir algo más del misterioso personaje. ¡Tenía que encontrarlo!

Afortunadamente, después de una laboriosa investigación, de localizar a todos los Pattel-Stuartson, llamar, preguntar y descartar, lo localizó en una diminuta isla de cuarenta habitantes en las Shetland, al norte de Escocia.

Hizo la maleta y allí se dirigió, buscando respuestas.

El viaje fue largo: un avión, un tren, dos ferris y un desvencijado taxi, pero encontrarlo fue fácil.

Allí estaba, como esperándole, en una casita de piedra, frente al mar, dedicado a sus inventos y a la ornitología. Y fue entonces cuando supo que el asombroso personaje había existido y que, por increíble que pareciera, seguía existiendo.

El doctor Pattel le puso cara y nombre, lo dibujó en un papel y le dijo que se llamaba Salvador Tierra.

Lo vio por primera vez en los años setenta, en medio de la selva peruana. Estaba sentado sobre una roca, maravillado por el paisaje, y Salvador Tierra se le plantó delante y le preguntó:

—¿Quién eres?

Desconcertado, le contestó que era científico y que estaba buscando nuevas especies de plantas para preparar medicamentos, con suerte para tratar enfermedades hasta ahora incurables. Salvador Tierra le tomó la mano y lo guio por la selva, le enseñó cientos de plantas que él no conocía, le explicó para qué servían, si curaban heridas, aliviaban golpes o dolores tremendos de tripa... Le acompañó a ver tribus que en el mundo occidental nadie sospechaba ni que existían. Le explicaron su problema con los leñadores ilegales, que estaban arrasando sus tierras.

El doctor Pattel decidió que su lugar estaba allí, que tenía que ayudar a esa gente y a Salvador Tierra a defender su selva. Y eso era solo una de las miles de causas por las que luchaba Salvador.

Viajó con él de una punta a otra del planeta, conoció los lugares más apartados y a gentes asombrosas. Ayudó a rescatar ballenas que habían perdido su rumbo, a limpiar playas de los restos de algún petrolero accidentado, custodió cientos de tortugas marinas recién nacidas, diseñó e instaló paneles solares en treinta escuelas para que no estudiaran a oscuras...

Se pasó todos esos años poniendo sus conocimientos científicos al servicio de aquellas causas y aprendió cosas increíbles de Salvador Tierra: el conocimiento de toda la humanidad.

Los años pasaron, el doctor Pattel se hizo demasiado mayor para ir de un lado a otro y decidió volver a Escocia. Salvador lo iba a ver frecuentemente para consultarle, porque ahora más que nunca necesitaba ayuda. Las causas se habían multiplicado y no daba abasto; necesitaba un ayudante.

Entonces fue cuando el doctor Pattel miró a Méritus a los ojos y le dijo:

–Dicen que todo lo que buscamos también nos busca a nosotros. ¿Querías ayudarle tú?

2. Abandona puerto seguro



Méritus Moodle no se lo pensó dos veces. Se vacunó de la fiebre amarilla, del tétanos, el tifus, la malaria y la gripe, cambió todos sus ahorros por nuevos soles peruanos y, dos semanas más tarde, embarcó rumbo a Lima. Dejaba atrás su ciudad, su familia, sus amigos, su apartamento compartido y, sin saberlo aún, su vida tal como había sido hasta entonces.

Durante el viaje, estaba tan exaltado pensando en lo que le había pasado en las últimas semanas y en la aventura que le esperaba que no pegó ojo.

Repasaba una y otra vez el mapa con el plan que había trazado con el doctor Pattel: en Lima tomaría un au-

tobús hasta Pucallpa. Desde Pucallpa, un barco lo llevaría a Iquitos. En Iquitos está el mercado de Belén. Allí, una tal Rosita, en el pasaje Paquito, le presentaría a alguien de toda confianza que lo acercaría hasta Salvador Tierra.

Tras doce horas de viaje, sobrevolaron los Andes, primero las resecaas montañas de color ocre, después los inmensos y afilados picos nevados. Luego todo empezó a cubrirse de niebla. Cuando a las siete y veinte de la mañana aterrizaron en el Aeropuerto Internacional Jorge Chávez, no se veían más que nubes.

Tampoco pegó ojo en el autocar que, a través de los Andes, lo llevaría hasta Pucallpa. Todo el camino eran curvas y más curvas. El chófer conducía a toda pastilla mientras el mismo CD de cumbias peruanas sonaba una y otra vez.

Salí de mi tierra de poncho y sombrero,
y al llegar a la costa me llamaban serranito.

La *terramoza* les sirvió un tentempié mientras adelantaban a los pesados camiones que se dirigían hacia las minas.¹ Les envolvía una niebla tan espesa que no se veía nada. El chófer tenía que ir abriendo la puerta de vez en cuando para ver dónde acababa el camino y dón-

1. En el Perú se llama *terramozas* a las azafatas que atienden en los autobuses y *aeromozas*, a las que atienden en los aviones. Lo que no sé es cómo llaman a las azafatas que atienden en los barcos: ¿«maremozas»?

de empezaba el precipicio. Cruzaron por frágiles puentes sobre barrancos tan profundos que quitaban el hipo. ¡Madre mía! ¡Mejor no ver nada!

Cuando ya se sabía de memoria todas las canciones del CD, se quedó dormido.

A las seis de la mañana comenzaron a salir los primeros rayos de sol. Una bruma ligera emergía de ambos lados de la carretera y, entre las penumbras, empezaron a perfilarse las siluetas de los cerros. Amaneció y apareció la selva en todo su esplendor.

Al llegar a la terminal de autobuses de Pucallpa, les esperaban decenas de mototaxis que, tras recoger el pasaje, se alejaron zumbando como una bandada de mosquitos dejando tras de sí una inmensa nube de polvo.

Pucallpa quiere decir «tierra colorada» en quechua.² Con su suelo de arcilla roja, se asienta en la orilla del río Ucayali, rodeada de cientos de miles de árboles.



en Pucallpa hay más de cuarenta mil mototaxis

2. El quechua es una familia de lenguas originaria de los Andes. Se extiende por siete países y la hablan entre ocho y diez millones de personas. Hasta tú la hablas un poquito cada vez que dices palabras como *alpaca*, *cancha*, *caucho*, *chirimoya*, *cóndor*, *guagua*, *guano*, *llama*, *papa*, *pampa* o *puma*.



Las calles, alegres y ruidosas, estaban abarrotadas de pequeños negocios que competían entre sí con todo tipo de coloridos carteles pintados a mano. De las tiendas y de las casas salían sonidos entrecortados de radios y televisores y acordes de salsa, cumbia y reguetón. Había casas azules, naranjas,

verdes y amarillas, a medio construir o medio derruidas. Los gritos y las risas se mezclaban con el estrépito de las bocinas y el zumbido de los mototaxis.

Méritus fue directamente al puerto para preguntar cuándo saldría el próximo barco hacia Iquitos. El puerto era puro ajeteo. Enormes grúas cargaban y descargaban contenedores, bidones y troncos de un tamaño descomunal. Algunos hombres repintaban y reparaban sus barcos, otros cargaban sobre sus hombros pesadísimos fardos y enormes racimos de plátanos. Las vendedoras anunciaban sus ofertas en tenderetes cubiertos por sombrillas multicolores: «¡Delisiooosos pescaditos rebosados, cuatro por un sol, mira vé!», «¡Vende churros calentiitos, resién salidos del horno!», «¡Hay hojitas de muuuura, verbeeena, hierba saaanta!».



En la orilla del oscuro y manso río Ucayali descansaban todo tipo de barcazas, balsas, botes y chalupas. Méritus se entretuvo repasando los nombres de los barcos: *Juansito Banano, Guevarita, Viva el Perú, Doñita Raimunda, Don Gato, Titanic, El Súper Rayo, El Súper Chávez...*

Delante de cada barco de pasajeros había una pizarra con el día y la hora prevista para la salida.

Méritus se dispuso a comprar un billete para el *Henry II* y, a pesar de que en la pizarra ponía claramente que el próximo barco saldría esa tarde, a las cinco «sin falta», la chica de la taquilla le comunicó, guiñándole un ojo, que saldría al día siguiente, a las once «con suerte». Ya podía ir instalándose, pero el barco solo zarparía cuando tuviese la bodega cargada y el pasaje completo, tardara lo que tardase.

El *Henry II* era una barcaza de poco fondo, medio de carga y medio de pasaje. Se podía viajar en camarote o en cubierta. La cubierta era un espacio vacío donde los pasajeros podían colgar sus hamacas, sin ninguna intimidad pero con más corrientes de aire que en los minúsculos camarotes que se convertían en verdaderos hornos.

